

tas palabras: *Era preciso bordear para tener tiempo á fin de ilustrar la opinion pública, ó para madurar la insurreccion.* Ellas nos manifiestan una grande verdad en la teoria de las revoluciones. Nos dicen, que aquellas insurrecciones que se quieren atribuir á los grandes movimientos del pueblo, ó á la mayoria de la nacion, no son mas que los movimientos de unos facciosos contra la misma mayoria; pues si la nacion hubiese pensado como estos facciosos no habria habido necesidad de reunir á todos sus bandidos para triunfar, con las armas y el terror, de una nacion, que solo pensó como los conjurados quando la sorprendieron las armas. Aqui se nos puede decir, que la Francia ya tenia entonces sus guardias nacionales; es verdad: pero tambien lo es, que Brissot se guardó muy bien de llamarlas en su auxilio. Ya habia visto, que desde las provincias habian acudido á la confederacion del 14 de Julio, y sabia que con motivo se llamaban verdaderamente confederadas. Casi todas habian dado muestras las menos equivocas de su adhesion al rey y á la reyna, y ni Brissot, ni algun otro se atrevieron delante estas guardias á lisonjearse de destronar á Luis XVI. Pero ¿ que hicieron los conjurados? Convocaron á todos aquellos bandidos, llamados *marselleses*, no porque fuesen de Marsella ó de la Provenza; sino porque la mayor parte habian salido de las galeras de Marsella. Dieron el nombre de *confederados* á todos estos galeotes, picaros de todas las provincias; precisaron al populacho de los arrabales de París á que marchara con ellos; asesinaron al comandante de la guardia nacional para paralizarla, y á que obrase con los bandidos aquella parte que los xefes de la conspiracion ya habian ganado. En seguida dieron el nombre de *voluntad del pueblo y de sublevacion de la nacion* á lo que solo éra el resultado de sus maquinaciones y una sublevacion de sus facinerosos contra la misma nacion y el rey. De este modo se hizo toda la revolucion; toda consistió en asonadas é insurrecciones de cada día, esto es, segun la teoria y declaraciones de los mismos xefes, toda la revolucion se logró por medio de la fuerza y del terror, que sometieron á este yugo á una nacion, á la qual ningun otro medio habia podido seducir.

Con la misma evidencia podrá el historiador descubrir en el discurso del diputado Louvet toda la historia de la atroz revolucion del 10 de Agosto; verá en él las mismas maquinaciones y los mismos artificios, descritos con la misma jactancia. „ *Queriamos la guerra*, dice entre otras cosas este Louvet, „ la queriamos nosotros jacobinos, porque la paz daba la „ muerte á la república... Porque emprendida con tiempo, se „ podian á lo menos remediar los primeros reveses inevitables, „ y de este modo purgar á un mismo tiempo el senado, los „ ejércitos y el trono. *Todos lo que eran dignos de ser republicanos daseaban la guerra; se atrevian á aspirar al honor de matar hasta la misma dignidad real, y de matarla para siempre, primero en Francia y despues en las otras partes del mundo.*” Despues de estas cláusulas, hablando del papel, que representaban sus cómplices, y dirigiendo la palabra á Robespierre, dice: „ Los que tu llamas míos, eran, *Roland*, „ que habia acusado á Luis XVI á toda la Francia.— *Servan*, „ que tuvo parte en el retiro honrado del ministro del interior, „ y que solo volvió á entrar con este en el ministerio para salvar la Francia.— *Pethion*, que con su conducta vigorosa y sábia á un mismo tiempo, *debilitó la dignidad real.* — „ *Brissot*, que escribió contra la monarquía, al mismo tiempo que lo hacia *Condorcet.* — *Vergniaux*, *Gersonné*, y muchos otros, quienes anticipadamente *formaron el proyecto de la suspension.*— *Guadet*, que estaba sentado en el sillón quando se oyeron las primeras descargas de la artilleria. — „ *Barbaroux*, que acudió con los *Marselleses para activar las operaciones del 10 de Agosto.*— Ya sabeis, que habia otros, „ y entre ellos estaba yo escribiendo *El Centinela.* Tus eternas jactancias me han precisado á decir algunas veces, que este periódico mio ha contribuido mas á la revolucion del 10 de Agosto que tu periódico *El defensor de la Constitucion.*” (t)

La Francia es declarada república.

De este modo los mismos legisladores conjurados han su-

(t) *Carta de Louvet á Robespierre.*

ministrado á la historia todas las pruebas de sus crímenes y de sus maquinaciones contra la dignidad real. Dexese pues ver esta república de la igualdad y de la libertad, desde tanto tiempo deseada de los sofistas de los liceos y de los iniciados de las últimas lógicas. Ya Luis no se hallaba sobre el trono. A este lo habian destruido de tal modo, que no solo Luis, no solo alguno de los Borbones, sino que ningun mortal, parecia que lo podría reedificar y sentarse en él. Se abolió la dignidad real, y la Francia fue proclamada república. Este fue el primer decreto de los nuevos conjurados, que con el nombre de *Convencion*, fueron sucesores de la segunda asamblea nacional. (t) Para sancionar la igualdad se proscribieron todos los títulos de superioridad, y aun los de deferencia y honradez, asi como se habia proscribio el de rey, suprimiendo en la sociedad todas las denominaciones, exceptuando solamente la de *Ciudadano* (u). Para que ningun francés, que ha sido fiel á su rey, pueda recordar la idea de este, se prohibió baxo pena de la vida, que ningun emigrado pudiese volver á Francia, erigida en república (x) La misma pena se decretó contra qualquiera que se atreviese á proponer en Francia el restablecimiento de la dignidad real. (y)

Luis XVI condenado por los conjurados; verdaderos motivos de su muerte.

De esta manera adelantaba la secta para consumir sus misterios. Pero aun vivia aquel Luis, que habia sido rey, y los iniciados no querian haberse amaestrado en vano en la caverna de los Kadosch á pisar las coronas y cortar la cabeza del maniqui que representaba al rey. Les pareció que era preciso pasar de estos juegos atroces á las venganzas verdaderas. Se adelantó Robespierre... pero dexémosle aqui acompañado de sus verdugos, pues no fue mas que la bestia feroz, que azuzó la secta. No fue el quien devoró á Luis XVI, y en este mismo hemos de distinguir la víctima perseguida por la secta. Esta no aborrecia á su persona; los mismos jacobinos habrian amado y

(x) Del 10 de Noviembre. (y) del 4 de Diciembre.

respetado á Luis XVI. si no hubiese sido rey. Derribarón su cabeza del mismo modo que derribarón las estatuas del bondadoso y grande Henrique IV. El haber sido rey fue el único motivo para ser odiado. Habia sido rey, y todo lo que recordaba esta dignidad, hasta sus monumentos y sus emblemas, se habian de destruir con el hierro. Los vándalos no hicieron la guerra á Luis, la hicieron á su dignidad. Le trataron de tirano: pero ya se sabe en que sentido le dieron este tratamiento, que fue el mismo con que trataron de tiranos á todos los reyes. Sabian, que Luis XVI. en el espacio de diez y nueve años de su reinado habia concedido muchas gracias, y que ni siquiera habia firmado la muerte de un solo hombre, y ya se ve que no reinan así los tiranos. Sabian, que Luis XVI. habia dado principio á su reinado con no exigir de sus vasallos el tributo que se pagaba siempre que el nuevo monarca subia al trono. Abolió en favor de su pueblo la práctica de las servidumbres corporales (*corvées*) y en favor de los delincuentes el uso de los tormentos. Estos edictos no los hacen publicar los tiranos. Tambien abolió todos los derechos feudales de sus dominios á fin de lograr con su exemplo y en favor de su pueblo lo que la justicia y derecho de propiedad no le permitian exigir por las vias de la autoridad. Sabian, que Luis XVI. no estaba poseido de alguno de aquellos vicios, que son odiados de las naciones, ó gravosos á las mismas naciones. Sabian, que era religioso, enemigo de toda ostentacion, compasivo y generoso con los pobres. Habian visto abrir todos sus tesoros para reanimar, vestir y alimentar á los indigentes, y aun le habian visto llevar por sí mismo estos socorros á las cabañas. Habian visto aquel monumento de nieve formada en pirámide, que le erigieron los pobres, en testimonio de los socorros que les habia alargado en el rigor de los inviernos. Semjantes monumentos nunca los ha levantado la pobreza á los tiranos. Le trataban de despota y tirano: pero no ignoraban que ningun príncipe ha cumplido mejor con sus deberes, al mismo tiempo, que se manifestaba tan poco zeloso de sus derechos. Si alguna vez hizo oír la voz del imperio, fue quando, rodado de asesinos, repitió varias veces á sus

guardias : *Si para salvarme es preciso derramar una sola gota de sangre, mando, que no se derrame.* No manda de este modo un tirano. Por mas que se obstine la calumnia, no es capaz de señalar un solo pasage del reynado de Luis XVI. que haya tenido ni si quiera asomos de tiránico. Sus últimos sentimientos, y que ha transmitido á la posteridad por escrito son estos: „ Pido „ á todos los que yo haya podido haber ofendido inadvertidamente (pues no me acuerdo haber ofendido á nadie con advertencia), y á los que yo haya podido dar algun mal „ exemplo, ó escándalo, que me perdonen el mal que yo „ pueda haberles hecho. ” Después de estas expresiones, deberian leer estas otras aquellos jueces regicidas, pues á ellos se dirigen : „ Perdono de todo corazon á los que se han declarado enemigos míos, sin que yo les haya dado algun motivo; „ y ruego á Dios que les perdone. ” Sigán los últimos pasos de su vida; miren como sube al cadalso; contemplen, si tienen valor, la serenidad de su frente, que indica la calma de su alma, en medio de sus verdugos. Y si aun tienen valor, escuchen lo que va á decirles en el último momento de su vida : Ah! que les faltó el ánimo; y para no oírle, hicieron que tocáran todos los tambores, pues sabian, y muy bien que lo sabian, que no han vivido, ni han muerto los tiranos como vivió y murió Luis XVI.

Todo esto ya lo sabian los conjurados legisladores antes de juzgar á Luis XVI. A qualquiera que les hubiese preguntado, qué delito habia cometido el rey, ó qué motivos tenían para su condena, le habrian respondido, lo mismo que tantas veces ya habian dicho : *Luis ha sido nuestro rey, y tenemos hecho el juramento de matar á todos los reyes.* A esto se reducen todos los votos de los que condenaron al rey. A esto se reduce el voto del jacobino Robert, quando dixo „ Condeno el tirano á „ muerte; y quando expreso asi mi parecer, solo me queda „ el sentimiento de que mis facultades no se extienden á todos „ los tiranos para condenarlos á todos á la misma pena. ” Lo mismo significa el voto del jacobino Carra : „ Para instruccion „ de los pueblos de todos los tiempos y lugares y para espanto de los tiranos, voto por la muerte „ El voto del ja-

cobino Chabot : „ La sangre de los tiranos ha de cimentar la „ república. „ El del jacobino Boileau : „ Los pueblos acos- „ tumbrados á mirar á los reyes como si fuesen *objetos sagrados,* „ se verán en la precision de decir : *las cabezas de los reyes* „ *no son tan sagradas quando el brazo vengador de la justicia,* „ *armado del acero, sabe derribarlas.* De este modo se pondrán los pueblos en el camino de la libertad..... Voto su „ muerte. ” (z) Si este language de los jacobinos aun no manifiesta lo bastante las causas que tuvieron para quitar la vida á Luis XVI. suba el lector al club de los sofistas en donde Condorcet decia, que llegaria el momento en que el sol no iluminaria sino á hombres libres, y en que los reyes y sacerdotes solo existirian en la historia y en los teatros. (a) Pasando despues á las cavernas de las últimas lógias descubrirá en ellas aquella grande verdad histórica : Luis XVI. ha perecido sobre un cadalso, porque habia sido rey. La hija de los cesares (Maria Antonieta de Austria) acabó sus dias en el mismo patibulo, solo porque era reyna y porque nunca habia sido tan digna de serlo como en aquellos sus últimos dias en que manifestó tanta fidelidad y tanta grandeza de alma en medio de los conjurados, de los verdugos de su esposo; y de los verdugos de su persona. La inocente madama Isabél murió baxo la guillotina por quanto no hay virtud, no hay candor, no hay grandeza de alma que sea capaz de purgar á los ojos de los jacobinos el gran delito de ser descendiente de reyes, hija y tia de reyes... ¡ Que delito para dar la muerte á una cándida virgen, que solo vivia para su Dios y para alivio de los indigentes!... Felipe de Orleans, á pesar de todos los servicios que ha hecho á la secta y de haberla sostenido con sus caudales; á pesar de todas sus bajezas y de todos sus crímenes; á pesar de su cobardia é infamia con que votó con los demás conjurados la muerte de Luis XVI. y á pesar del nombre que se impuso de *Egalité* (igualdad) con el qual renegó de su clase, linage y

(z) Véanse en el Monitor las sesiones del 2 de Enero y siguientes de 1793.

(a) Esquise des progrès de l'esprit humain, époq. 10.

padres, luego que la secta ya no tuvo necesidad de sus delitos, le mataron, porque era de sangre real. Temiendo los conjurados que á los verdugos no se les cayese de las manos la fatal cuchilla, si sacrificaban el verdadero retrato de la misma bondad la duquesa de Orleans, y aquellos restos de la sangre real que circulaban por las venas de la duquesa de Bourbon y del príncipe de Conti, ya tan poco temibles á su revolucion, les intimaron á que evacuasen el suelo de la nueva república, ellos y quantos aun tenian alguna gota de sangre real en sus venas. En fin, para cimentar aquel odio á los reyes, se decretó que el día en que Luis XVI. murió sobre el cadalso, fuese siempre festivo para el pueblo igual y libre; que en el mismo día renovasen con la mayor solemnidad cada año todos los magistrados el juramento del odio á la dignidad real y que solamente este juramento asegurase los derechos de los ciudadanos y los favores de la revolucion. Todo esto que se decretó, se executó, y tambien se decretó la pena de muerte para qualquiera que se atreviese á proponer que se restableciese en Francia la monarquía. (b)

Atrocidades de la revolucion derivadas de la secta.

A pesar de tantos rios de sangre como corrían en Francia para llegar á aquel periodo de las maquinaciones contra la dignidad real, la secta y sus agentes se la estaban mirando con tanta complacencia y brutalidad, como lo habrian hecho los canibales. En Paris estuvo permanente la guillotina, y la paseaban por las provincias, en busca de los realistas y de los sacerdotes. No se contentaron con ella los verdugos. Los padres no pudieron dexar á sus hijos lo de que necesitaban para expresar la multitud de víctimas, que á un mismo tiempo fueron sacrificadas en las *fuciladas*, ó absorbidas en las *noyadas*. ¿ Quien sino la secta volvia tan feroces á los jacobinos? Es preciso subir á sus instrucciones para explicar la calidad y número de las víctimas que sacrificó, y para comprender la

(b) Decreto del 4 de Diciembre.

atroz inferencia de los iniciados, y el arrebatamiento y gozo de los verdugos. El que se olvide de los misterios y principios de la secta, no podrá descubrir el origen de las atrocidades. Aquellos misterios y principios arrancaron de Barnave, quando vió en las puntas de las picas las cabezas, aquella risa sardónica, y aquella expresion feroz: *¿ Era acaso tan pura esta sangre, que no se pudiese derramar de ella una sola gota? Los mismos principios y misterios hicieron decir á Chapellier, Mirabeau, y Gregoire, quando vieron á los asesinos que iban á inundar de sangre el palacio de Versailles, y principalmente quando iban á bañarse en la sangre de la reina: El pueblo necesita de víctimas.* Los mismos principios y misterios sofocaron hasta los sentimientos del parentesco mas inmediato, como los de un hermano para su hermano, y de un hijo para sus padres. El iniciado Chenier, viendo á su hermano entregado á los verdugos, dixo con la mayor frialdad: *Sea sacrificado mi hermano sino sigue el partido de la revolucion.* El iniciado Philip presentó en triunfo á los Jacobinos las cabezas de su padre y madre. La secta, siempre sedienta de sangre, pidió por la boca de Marat ciento setenta mil cabezas, y poco despues ya no quiso contarlas sino á millones. Los misterios de su igualdad no podian cumplirse ni llegar á las últimas consecuencias sin despoblar el mundo. Quando los consejos de Montauban manifestaron sus temores al ver la falta de provisiones, les respondió: *Le Bosesegaos, bastantes provisiones tiene la Francia para doce millones de personas; las demas, esto es los otros doce millones, serán muertas y entonces ya no os faltará pan.* (c).

Nos horrorizamos; y quisieramos tener á lo ménos el consuelo de que aquellas atrocidades las cometió Robespierre ó Marat: pero ello es, que el reyno de Barnave precedió al de Robespierre, y la secta les inspiró el juramento de delatar á sus *padres, hermanos y amigos*, y mirar, sin alguna excepcion, como proscrito á qualquiera que no estubie-

(c) Relacion de la junta de sanidad del 8 de Agosto de 1795.

se imbuido de las opiniones revolucionarias. Este juramento ya se hacia en las lógias antes que lo hiciesen los jacobinos. Estas expresiones, que dixo Condorcet en la asamblea legislativa: *Perezca todo el mundo antes que sacrificar nuestros principios de igualdad*, no las habia aprendido de Robespierre, sino que las habia aprendido en el club de Holbach. No solamente los salteadores, si que tambien Sieyes, Garat, y los sofistas mas selectos de aquel tiempo, que componian el club de los veinte y dos, se sonreian al ver que nos estremeciamos. Estos mismos sábios respondian á nuestras reconvencciones lo mismo que Sieyes respondió á las que le hizo *Mr. Mallet du Pan*, quando le descubrió el horror que le causaban aquellos medios revolucionarios: *Siempre nos hablais*, dixo Sieyes, *de nuestros medios revolucionarios: pero Señor, es preciso que usted descubra el fin, el objeto y el término que nos hemos propuesto.* Este fin, objeto y término consuelan á los Sieyes del día quando contemplan las atrocidades que se han cometido. El mismo consuelo les ofrece la secta, y este consuelo ha pasado del código de Weishaupt á las lógias de los jacobinos.

Creo que llegará el tiempo en que la historia manifestará con mas particularidad en que cavernas, siempre inundadas de sangre, señalaba la secta sus víctimas, y disponia sus iniciados para que no se horrorizasen en vista de su multitud: pero entre aquellas cavernas se distingue la de la calle *Sourdrière*, á la qual he prometido conducir á mis lectores, y en donde mandaba aquel *Savalette de Lange*, que acogió á los iluminados, y á aquel *Dietrich*, el primero que introduxo los misterios en Francia. A lo menos el siguiente pasage podrá auxiliar al historiador para descubrir el origen de muchas atrocidades. — Quando los bandidos empezaron sus movimientos revolucionarios, incendiando los palacios en las provincias, y derribando por todas partes las cabezas de los nobles, el Señor Abate Royou, bien conocido por su zelo contra los sofistas, se vió en la precision de fugarse de Paris para ponerse á cubierto de los bandidos del palacio real. Pasó algun tiempo errante de pueblo en pueblo hasta que volviendo en secreto á Paris

vino á mi casa cerca las cuatro de la mañana. Habiendole preguntado, como lo habia pasado durante su ausencia, me respondió: "casi siempre lo he pasado en casa de los Curas, quienes me han tratado muy bien, aunque he estado poco con cada uno para no exponerlos á los mismos peligros. El último en cuya casa me hospedé, se me volvió sospechoso quando observé que habiendo recibido una carta de Paris, la abrió y leyó con un semblante que aumentó mis sospechas. Casi asegurado, que trataba de mi, me resolví aprovechar la ocasion en que, habiendo salido el Cura á sus quehaceres, entré en su cuarto y encontré la carta, concebida en estos términos: *Querido amigo, se ha leído la carta de Vd. en presencia de todo el club. Nos hemos admirado al descubrir tanta filosofía en un Cura de lugar. Sosieguese Vd., querido Cura; somos trescientos; señalamos las cabezas, y estas caen. Aun no ha llegado el tiempo para la de que Vd. nos habla. Cuidese Vd. solamente de tener preparada su gente. Disponga Vd. sus feligreses para que ejecuten las órdenes, que se le comunicarán á su tiempo.*" Esta carta, añade el Señor Royou, estaba firmada: *Districh, secretario.*

A las reflexiones que sugiere esta carta, solo añadido, que el club de donde salió, habia mudado el lugar de sus sesiones, pues lo trasladaron al arrabal de San Honorato, en donde continuó, desconocido de la córte, hasta el momento de una de aquellas orgías, cuyo objeto enseñó al rey la suerte que le esperaba. El caso fué, que á continuacion de uno de aquellos convites que se hacen en nombre de la *hermandad*, todos los hermanos se punzaron el brazo y dexaron caer alguna sangre en sus vasos; todos bevieron de esta misma sangre, despues de haber gritado: *á la muerte de los reyes*, y este fue el último brindis de aquella comida *fraternal*. Ya esto manifesta con bastante claridad quienes eran los sujetos que formaban aquella legion de los mil y ducientos, cuyo establecimiento propuso á la convencion *Juan de Brie*, y cuyo objeto era esparcirse por los imperios para asesinar á todos los reyes del mundo. Del mismo modo la secta, baxo el nombre de *hermandad*, con el frenesí de su igualdad, con la natura-

leza de sus principios, con la sed de sangre que inspiraba en sus juegos atroces para desnaturalizar los corazones, se propuso formar los clubs de los trescientos *viajes de la montaña* y cambiar sus grandes actores en verdugos canibales. De este modo se explica por los misterios de la misma secta el gozo feróz de Marat, de Saint-Just, de Lebon, de Carrier, de Collot d'Herbois, y aquella serenidad aun mas feroz, que conservaban los sofistas de la revolucion en medio de los asesinatos y de los rios de sangre.

Pero Dios, que parece queria lavar las iniquidades de la Francia en aquellos rios de sangre, presentó al mundo un otro espectáculo de sus venganzas. Jesu-Cristo quedó sin altares en Francia, así como ya no hubo trono para los reyes. Los mismos que habian derribado el altar y el trono, conspiraron unos contra otros. Los intrusos, los deistas y los atéos habian degollado á los católicos, y los intrusos, los deistas y los atéos se dehallaron unos á otros. Los constitucionales proscribieron á los realistas y los republicanos expatriaron á los constitucionales. Los demócratas de la republica *una é indivisible* acabaron con los demócratas de lo republica *confederada*. La faccion de la *Montaña* guillotiné á la faccion de la Gironda. La faccion de la *Montaña* se dividió en faccion de Hebert y de Marat, en faccion de Danton y de Chabot, en faccion de Cloots y de Chaumette, y en faccion de Robespierre que á todas las devoró, y que á su tiempo fue devorada por la faccion de Tallien y de Freron. Brissot, Gensonné, Guadet, Fauchet, Rabaud, Barbaroux y otros treinta fueron juzgados por Fouquier-Tinville del mismo modo que estos habian juzgado á Luis XVI. El mismo Fouquier-Tinville fue juzgado como él habia juzgado á Brissot. Pethion y Buzot, errantes por los bosques, murieron de hambre y fueron devorados por las fieras. Perrin murió cargado de cadenas; Condorcet se envenenó en la cárcel; Valage y Labat se dieron puñaladas; Carlota Corday mató á Marat; Robespierre fue guillotinado; sobrevive Sieyes para azote de la Francia. El infierno parece que fortalecia el reyno de su impiedad: pero el cielo para castigar á la Francia le dió, baxo el nombre de

directores los cinco tiranos, ó *Pentarcas* (d), y su doble senado. Rewbel, Carnot, Barras, Letourneur, la Reveiller-Lepaux se apoderaron de sus exércitos, echaron á los diputados de su igualdad y de su libertad, lanzaron rayos sobre sus secciones, la apretaron con sus garras, y pusieron sobre su cuello un yugo de hierro. Todos temblaban á su presencia: pero ellos mismos se temian mutuamente, se recelaban y unos á otros se desterraron. Sobrevinieron nuevos tiranos y se reunieron. Entonces los dioses que reinaban en Francia fueron los destierros, el susto, el terror y sus *Pentarcas*. Todo estaba en silencio; el espanto hacia que en aquel vasto imperio, ó en aquella vasta cárcel callasen veinte millones de esclavos baxo la vara de hierro de la Guiane, de Merlin ó de Rewbel, y en esto paró aquel pueblo, tantas veces proclamado *igual, libre y soberano*.

La secta continúa sus maquinaciones contra la propiedad y la sociedad.

Al través de esta serie de asesinatos, de facciones y de tiranos, parecerá que la secta habia perdido el hilo de sus maquinaciones; no es así; ni siquiera ha dexado un solo instante de continuarlas. En aquellas circunstancias, mas que nunca, se valió de sus *Pentarcas* contra los sacerdotes y los nobles, y manifestó que el último de sus misterios conspiraba contra los mismos *Pentarcas*. Estos se esforzaron en vano para conservar un resto de sociedad y sostener su trono sobre las ruinas del de los Borbones, pues la secta no habia perdido de vista sus ulteriores proyectos. Ya habia resuelto que los escombros de los tronos y de toda sociedad civil habian de acabar con los escombros de la propiedad. Baxo el imperio de sus primeros legisladores aniquiló la propiedad de la Iglesia; luego desapareció la de los nobles que habian emigrado; los que quedaron en Francia vieron que se les confiscaron sus bienes, y poco despues los iniciados Bruissard, Robespierre y los dos Julia-

(d) *Pentarchia*, *Pentarchas*, palabras derivadas del griego, significan gobierno de cinco, ó cinco directores.

nos dixerón que ya habia llegado el tiempo de dar la muerte á la aristocracia mercantil como la habia dado á la noble. Ya habian dicho en sus confidencias, como Weishaupt en sus misterios, que era preciso destruir el negociantismo; ... que en donde habia muchos y grandes comerciantes, habia tambien muchos pícaros, y que la libertad no podia establecer su imperio (e). De aquí se derivaron los robos y requisiciones, que han despojado á los ciudadanos y á los mercaderes, como á los nobles y á los eclesiásticos. Aun no fueron estos los últimos golpes que la secta queria dar á todas las propiedades para destruir todas las sociedades; leanse las proclamas que baxo el imperio de los Pentarcas dirigió la secta á los pueblos, y cuya execucion corria á cuenta de los iniciados Drouet, Babæuf y Lagnelot.

Extracto de la Proclama al pueblo francés, hallada entre los papeles de Babæuf.

» Pueblo de Francia, tu has vivido esclavo y por lo mismo infeliz, por el espacio de quince siglos. De seis años á esta parte respiras de algun modo con la esperanza de la independencia, de la felicidad y de la igualdad. Siempre y en todas partes se ha procurado entretener á los hombres con buenas palabras: pero nunca, ni en ninguna parte han logrado la cosa con las palabras que la significaban. Desde tiempo inmemorial se repite con hipocresía que los hombres son iguales, sin embargo desde tiempo inmemorial la mas monstruosa desigualdad oprime insolentemente al género humano. Desde que hay sociedades civiles, se ha reconocido sin disputa aquel derecho del hombre: pero hasta el día nunca ha podido gozar de lo mismo que aquel derecho le concede. La igualdad no ha sido otra cosa que una hermosa, pero estéril

(e) Véanse las piezas que se hallaron entre los papeles de Robespierre, y que se imprimieron por orden de la convencion, núm. 43. 75. 89. 107. &c.

ficción de la ley. Hoy, quando la ha reclamado una voz mas enérgica, se nos responde: *Callad, miserables: pues la igualdad de hecho no es mas que una chimera..... contentaos con la igualdad condicional.... Canalla ¿no sois todos iguales ante la ley? ¿Que quereis mas?* ¡Que queremos mas! Oid legisladores gobernantes, ricos y propietarios, oid todos.

¿Todos somos iguales? Este principio queda sin contestacion. Pues bien, pretendemos vivir en adelante, y morir como hemos nacido. Queremos la igualdad real, ó la muerte. Esto es lo que queremos, y esta igualdad real conseguiremos; cueste lo que costare. ¡Infelices los que hallaremos entre ella y nosotros! ¡Desgraciados los que harán resistencia á una resolucion tan decidida! La revolucion francesa no es mas que la precursora de una revolucion mucho mayor, mas solemne, y que será la última. . . . Se nos pregunta: ¿qué queremos á mas de la igualdad de derechos? No solo queremos aquella igualdad copiada en la declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano, sino que tambien la queremos en medio de nosotros y en nuestras mismas casas. A Todo nos someteremos para conseguirla, aunque sea hacer tabla rasa. *Perezcan, si es necesario, todas las artes, con tal que nos quede la igualdad real. Legisladores, y gobernantes. . . . propietarios ricos y sin entrañas, sabed, que en vano tratáis de neutralizar nuestra santa empresa, diciendo: No hacen mas que reproducir esta ley agraria, ya pedida muchas veces antes de ellos. Calumniadores, callad quando os toca callar, y en el silencio de la confusion, oid nuestras pretensiones, dictadas por la naturaleza y establecidas sobre la justicia. La ley agraria, ó el repartimiento de las tierras, fue el voto instantáneo de algunos soldados sin principios y de algunas colonias, mas mudas por su instinto que por la razon. Nos encaminamos á una cosa algo mas sublime, y mas equitativa, esta es: el bien comun, ó la comunidad de bienes. No queremos que haya propiedad individual de las tierras. . . . la tierra no es de alguno. . . . Reclamamos; queremos el goce comun de los bienes de la tierra; sus frutos son de todos. — En fin: desapareced irritantes distinciones de ricos y pobres, de grandes y pequeños, de amos y*